

PAUL THEROUX

Kowloon Tong



La cesión de Hong Kong a China ha transformado completamente las costumbres y el estilo de vida de los habitantes de la colonia británica. Para Neville Mullard y su madre Betty, los protagonistas de la última novela de Paul Theroux, estos cambios van a ser realmente traumáticos. Acostumbrados al ritual británico del té con pastas, a las carreras hípicas en Happy Valley y al rosbif de la Fatty Chop, toda su vida social parece condenada a desaparecer, y mientras Betty puede ver en ello la ocasión ideal para regresar a Gran Bretaña, Neville, nacido en Hong Kong y propietario de una importante empresa textil, se encuentra ante una auténtica encrucijada.

Combinando una trama de intrigas financieras en la que las mafias chinas ocupan un destacado lugar, la investigación de la enigmática desaparición de una joven prostituta y los problemas afectivos y familiares de Neville, Paul Theroux aborda críticamente uno de los conflictos más controvertidos de este fin de siglo, la cesión de Hong Kong a China o, como lo llama Neville, «el gran atraco chino».

*«Mah jiu paau
mouh jiu tiuh»*

*«Los caballos seguirán corriendo,
la gente seguirá bailando»*

Promesa solemne de Deng Xiao-ping, en cantonés, a Hong
Kong

1

Había días en que Hong Kong no se diferenciaba del barrio de Londres en que ella había vivido antes de la guerra. Hoy, por ejemplo, una fría mañana con retazos de niebla en las ventanas, creía encontrarse de nuevo en Balham. El cielo plomizo se deshacía en grandes y blandos mechones de relleno, como si se cayeran de un cojín abierto; pero no de uno de esos apestosos cojines chinos rellenos de paja. Cuando el viento arremolinaba las gotas de lluvia, como si descargarán encima de su cabeza, y las lanzaba violentamente contra el tejado, al que daba el techo del salón de Albion Cottage. El cielo, el tejado, el techo... Todo era la misma cosa en los días lluviosos como hoy.

Betty Mullard se encontraba sentada en lo que ella llamaba la salita, esperando a que su hijo Bunt fuera a desayunar.

—Fíjate —dijo en voz baja, como si hablara al repiqueo de la lluvia—. Chinitos.

Y luego siguió pensando: «¿Parientes chinos? ¿Qué parientes chinos?»

Acababa de colgar el teléfono después de hablar con Monty, su abogado, que lo era también del señor Chuck (de los Mullard, y de la empresa, todo el mundo confiaba en Monty). Un buen chaval, también nacido en Londres. Monty llevaba habitualmente bombín, y se reía y la miraba impasible cuando ella le decía: «Confío en ti porque eres judío».

El señor Chuck nunca había hablado de sus parientes chinos.

La pregunta era: ¿Cómo decírselo a Bunt?

Oyó una nueva y fuerte ráfaga de lluvia y de nuevo creyó encontrarse en Balham. Levantó la vista y la fijó en el retrato de la reina colgado en la pared, encima del aparador de caoba, una fotografía más grande que la del difunto marido de Betty, George, con su uniforme de la RAF, que pendía de la misma pared. Aquel retrato formaba parte de la habitación, era un accesorio tan imprescindible como las lámparas y los candelabros, pero últimamente Betty había empezado a escudriñar el rostro de la reina, de la que desconfiaba un poco. La reina era prácticamente una diosa, pero también era madre, y gobernante. Su reino era sólido, sereno y ordenado. «Cómo trabaja», era la única conclusión a la que Betty había llegado sobre ella, una especie de bendición.

El mayor cambio que Betty conocía en su vida, de mayores proporciones que la muerte de su padre, peor que la guerra, pero igual de sorprendente y doloroso (cuántos suspiros de «¡imagínate lo que puede pasar ahora!»), era el cambio radical que se había producido en la vida doméstica de la familia real. A su padre, un anciano ya enfermo, le había llegado la hora. La guerra la habían ganado, desde luego, pero en los últimos años Betty había notado una sensación abrumadora de desilusión (derrota, dolor y desconcierto con matices casi blasfemos que habían estado a punto de trastornarla) ante las noticias de divorcios, líos, adulterios, escándalos y secretos de la familia real. Menos Su Majestad, todos los personajes eran vulgares seres humanos y horribles, y estaban desnudos, expuestos a las miradas de todo el mundo. Por primera vez en su vida los veía como seres de carne y hueso; veía las vulgares pecas que salpicaban la cara de vaca de Fergie, las blancas piernas de Charles, y sus brazos, tan delgaduchos como los de Diana. «Y el menor, ¡qué lástima! Es mariquita, no cabe duda», comentó a su hijo, que no tenía la menor idea de la majestuosidad de la reina ni de cómo habían cambiado las cosas.

Fuera, la lluvia depositada en las hojas de los árboles que cubrían la casa cayó ruidosamente sobre los adoquines y sobre el extraño pavimento, obra de George y Wang. Betty los miró hacia allí al oír el intenso goteo de la lluvia, y vio el macizo de azucenas, sus hojas golpeadas por la lluvia; las flores se mecían de arriba abajo, como si asintieran, como afligidas niñas con gorros blancos que compartían con ella su pena.

Con su jersey morado de lana Betty hacía juego con la gruesa cubretetera que envolvía los contornos de la tetera que tenía delante, y con los dos paños con que cubría los huevos pasados por agua como si fueran sendos sombreritos. En mañanas como ésta Wang siempre sacaba esos accesorios que Betty había tejido. El color era desacertado, pero la lana había salido barata; se la habían comprado a granel a un mayorista de la empresa, lo cual explicaba que hubiera tanta cantidad. También había tapetes morados para los *souvenirs* del aparador —vasos y platillos—, junto al portacartas, para el robusto termo y el diminuto barril de cerámica de España con sus mondadientes, y los diversos objetos (vasija de latón, oso de cristal, cenicero de esmalte) que Betty había comprado a su paso por las tiendas de *souvenirs* de los aeropuertos en sus viajes a Londres.

Con esa misma lana había hecho adornos para las butacas y para las lámparas, y hasta tenían fundas moradas los marcos de las fotografías de George e Ivy en Carshalton; de Reeny y Ken; y de Bunt en su cochecito en Southend; de un extraño grupo de cuatro personas, madres e hijos en la playa de Silver Mine Bay en Lantau, Betty y el pequeño Bunt con Jia-Jia y su hijo pequeño, Wang. Hoy esos ornamentos retenían la humedad y llenaban la sala de un olor a lana fría y mojada. Y a tostadas ya frías, a grasa de beicon y al sabroso amargor de la papaya recién cortada, pues Wang había dejado la puerta de la cocina entornada.

Albion Cottage estaba en Lugard Road, dominando un barranco, por encima del parque de bomberos del Peak.

Hoy los bomberos estaban dentro, con las ventanas y las puertas cerradas. No se oía ni voces ni música ni sirenas. En mañanas como ésta todo en el chalé quedaba cubierto por una película de humedad, y esta humedad parecía dar vida al moho y extender por el interior el olor a viejo y a rancio de un depósito de cadáveres. La humedad afectaba a la madera, deslustraba la caja del reloj de cuerda con su pesado tictac y su complicado muelle real; dejaba una capa resbaladiza sobre el estuche de madera de roble de la cubertería de plata, con su platillo también de plata, con la inscripción *George y Betty, 1946*; sobre el calendario mecánico, recién cambiado, al que había que dar una vuelta cada día, que rezaba JUE 7 MAR 96. El sofá y los cojines con fundas de puntilla; el taburete de cuero (donde todavía se veían las marcas de los tacones de George), los tarros de mermelada, la bandeja del té, las viejas revistas amontonadas junto a la butaca y hasta la propia butaca apestaban.

En cambio, cuando el cielo estaba despejado, desde las ventanas, que miraban al este, donde las capuchinas, cubiertas de mosquitos y pulgones, se agitaban en su jardinería, Betty veía China, la China Roja, como solían llamarla; una especie de alucinación. Shum Chun estaba a una hora de tren desde la fábrica de Kowloon Tong, al otro lado del puerto. En cuarenta y cinco años Betty nunca había ido a China (tampoco había ido George, ni Bunt); tanto si estaba cerca como si estaba lejos, ¿qué sentido tenía ir a China?

Bunt entró sonándose la nariz.

—¿Oíste sonar el teléfono a las seis en punto? ¿A qué imbécil se le ocurre llamar a una hora tan temprana?

Wang corrió detrás de él, con las tostadas y un plato de beicon, la papaya que Betty había olido y un paquete de servilletas.

Bunt se guardó el pañuelo en el bolsillo, fue hacia la mesa y vaciló. Tenía cuarenta y tres años y le escaseaba el

cabello; se dio unos golpecitos en el cuero cabelludo con las yemas de los dedos, como si leyera un texto en braille, y luego se lo acarició, como para desearse suerte, o buscando pelo. O quizá fuera un tic de cuando todavía lo tenía.

—Wang ha hecho galletas de avena. Cómete una galleta, Bunt. Dale una galleta, Wang, sé bueno.

En la sugerencia de Betty había cierta sensación de orgullo. En realidad las galletas de avena no las había hecho Wang. Ella le había enseñado la receta, y por lo tanto es como si las hubiera hecho ella.

Wang era alto, más alto que Bunt, con la típica cara ancha de los chinos del norte, la cabeza aplastada y los ojos muy separados, lo que le daba cierto aspecto de serpiente. Cuando sonreía era cuando más recordaba a una serpiente, aunque eso raramente sucedía. Su risa era más frecuente, pero aún más siniestra, porque nunca indicaba placer, sino más bien ansiedad y miedo. Aquella mañana Wang parecía a punto de reír. ¿Habría escuchado la conversación telefónica?

Wang no dijo nada. Dejó la comida encima de la mesa y se retiró. Caminaba inclinado hacia un lado, lo cual Betty achacaba a su estatura. Era un ser solitario. No era misterioso. Hacía *footing*.

Bunt tampoco dijo nada. Se estaba comiendo el huevo, tenía la boca llena, se había manchado la mejilla de yema.

—Ha sobrado un poquito de beicon —dijo Betty.

—Si ha sobrado... —Bunt fue a cogerlo con la cuchara.

—Ya te lo sirvo yo.

Su madre le puso las tres rígidas lonchas en el plato y luego encendió la radio. Era de baquelita verde, con un dial amarillo iluminado, grande como un cajón para el pan, y crujía. Aquella radio la había comprado George. «Es un cacharro», solía decir Betty, pero Bunt todavía presumía de ella porque no era japonesa. Era una Roberts fabricada en Inglaterra, igual que el termo John Bull que había en el

aparador. «¡Antes fabricábamos radios!» El televisor era Bush. El gramófono también era Bush. La tostadora era Dualite. Los sanitarios del cuarto de baño eran Twyford Adamants. «Y coches.» El coche de los Mullard era un Rover de 1958 negro que había comprado George. George estaba orgulloso de todas estas cosas porque, según decía, aunque necesitaran alguna reparación nunca tendrían que ser reemplazados mientras él viviera. A George le gustaba decir, tanto de los electrodomésticos como de sus resistentes prendas de vestir: «Esto me sobrevivirá».

La Roberts era como una viejecita que ha tenido que aprender un idioma nuevo. Esta mañana iba diciendo: «En la cuenta atrás hacia 1997...».

La cesión, ellos lo llamaban el atraco chino, se había convertido en el tema de actualidad. Era la única noticia de Hong Kong, junto con otras noticias relacionadas con ella: la economía, la tierra ganada al mar, la venta de propiedades comerciales, el precio del petróleo, el nuevo aeropuerto, los ruidosos temores de angustiados políticos, todo estaba relacionado con la cesión. Como todos los días, eran las mismas noticias y, desde hacía mucho tiempo, Bunt nunca hacía ningún comentario. Además, ellos habían jurado que se iban a quedar, para ver qué pasaba. No corrían ningún peligro porque tenían pasaporte británico. Y no gozaban de tanta libertad como otros residentes de la colonia, porque eran los propietarios de la mitad de la fábrica; el señor Henry Chuck era el propietario de la otra mitad.

—Llévate el jersey de lana inglesa —dijo Betty. Lo había hecho ella—. Y no te olvides el paraguas.

Contando con que Bunt diría «¿hay soldaditos, mamá?», refiriéndose a los bastoncitos de pan, Betty estaba untando el pan con mantequilla. Lo hacía como siempre, de pie y con los pies separados, sujetando la barra entera y extendiendo la mantequilla sobre un extremo. Cuando acababa de untar el pan, cortaba el pedazo untado con el cuchillo, y ya tenía una rebanada. Pero ahora, mientras ella realizaba

aquella operación, Bunt movió un dedo, «no, no, no», porque tenía la boca llena, las mejillas abultadas por el té.

Betty, convencida de que su hijo no podría negarlo, le regañó:

—Estás haciendo el burro con tu alimentación. Te veo un poco paliducho.

Ella sabía que Bunt no le diría la verdad, pero sentía curiosidad por saber qué mentira le iba a contar. Lo observó atentamente mientras él tragaba. Betty llevaba la cuenta de lo que su hijo había comido: un huevo pasado por agua, cinco lonchas de beicon entreverado, una galleta de avena, media papaya y dos tostadas, una con mermelada; ningún soldadito.

La reacción de Bunt aquella mañana consistió en no mentir ni presentar excusa alguna, sino en sonreír, coger su paraguas del paragüero y decir que tenía que irse.

—Anoche llegaste tarde —le riñó su madre, intentando provocar una mentira.

Bunt sonrió y contestó:

—Estuve en el Cricket Club tomando una copa con el señor Chuck.

Era la peor mentira que se le podía haber ocurrido, pero al fin y al cabo no tenía demasiada importancia. Cuando metió la camisa de Bunt en el cesto de la ropa sucia, Betty relacionó rápidamente el olor a perfume barato con el clásico olor felino de las prostitutas. Si se lo preguntaba, él se limitaría a negarlo, pero ¿quién era ella? Aquello era Hong Kong y ella podía ser cualquiera, lo cual era alarmante.

Bunt caminó bajo la lluvia hasta su coche y lo puso en marcha. Se frotó las manos para calentarlas y cuando se disponía a soltar el freno de mano de su Rover negro y abollado levantó la vista y dejó caer la mandíbula inferior al ver a su madre caminando hacia él, zarandeada por el viento y la lluvia. Betty acercó la cara y el lacio cabello, salpicado de lluvia, a la ventanilla del pasajero.

—El señor Chuck ha muerto —dijo.

Sonó como una ocurrencia fuera de tono, aunque no lo era en absoluto. La noticia la había tenido preocupada desde las seis de la mañana, cuando llamó Monty. Sencillamente no sabía cómo comunicarle a su hijo la muerte de su socio.

Pese a que no era supersticioso, Bunt comprendió que a partir de ese momento, cada vez que se sentara en el asiento de cuero del viejo Rover y soltara el freno de mano (o quizá incluso con sólo agarrarlo) recordaría aquellas palabras. La agradable elevación de la palanca y el clic al liberar el mecanismo siempre irían unidos, en su mente, a la muerte del señor Chuck. Para él la muerte era algo así: soltar los frenos.

—Lo siento —murmuró Bunt—. No es cierto que anoche estuviera con él en el Cricket Club.

Betty hizo una mueca (ojos entornados, labios fruncidos) que significaba «no importa».

—Evidentemente es imposible que... —dijo.

Su madre seguía hablando, pero él ya no la escuchaba. Había demasiadas cosas que hacer. En lugar de incorporarse al horario minuciosamente regulado de la fábrica, Imperial Stitching, de Kowloon Tong, había que improvisar el día entero. Bunt detestaba las sorpresas, incluso las agradables. Esto era terrible, pero había algo aún peor: ahora toda su vida se tambaleaba.

Y como alguien que odiaba las sorpresas, que quedaba desarmado ante cualquier cosa no planeada, o sencillamente por no tener un plan, y que sentía un desprecio británico hacia la improvisación, las urgencias lo ponían nervioso y lo volvían poco eficiente, y las prisas lo dejaban sin habla. Sin embargo, la muerte exigía su atención, y al acabar el día Bunt se sorprendió de todo lo que había conseguido en tan breve espacio de tiempo.

Preparó el funeral en la catedral de St. John, en Battery Path Road (el señor Chuck, pese a ser chino, era un devoto anglicano); la señorita Liu de la fábrica se encargó de las flores, y el señor Cheung, de la inserción de las notas necrológicas en todos los periódicos, incluidos los chinos. El señor Woo puso la bandera británica, la Union Jack, del tejado de la fábrica a media asta. Lily, la ayudante de la señorita Liu, envió por fax unas fechas y los nombres de varios clubes al *South China Morning Post* para su nota necrológica. Bunt pasó casi una hora en el Hong Kong Club con Monty, el abogado. A última hora de la tarde, Bunt tenía la impresión de que conocía ahora mucho mejor al señor Chuck. Con excepción de la muerte de su padre (pero entonces él era joven, sólo tenía once años), aquel era su primer funeral propiamente dicho. Se dio cuenta de que la muerte producía inesperadas revelaciones.

Él y su madre creían que conocían a los chinos, que los conocían particularmente bien porque conocían muy bien al señor Chuck y a Wang. Los chinos eran, en primer lugar, frugales, pero no tacaños; eran abnegados y espartanos; avaros, aunque dados a las juergas y capaces de perder la cabeza y gastarse toda una fortuna en los hipódromos de Happy Valley o Sha Tin. En los casinos de Macao se mostraban melancólicos y autodestructivos. Por lo general parecían taciturnos, pero era timidez, otra de las razones por las que no te miraban a los ojos. Eran sentimentales, no derramaban lágrimas (tenían muchos motivos para llorar, y seguramente por eso no lo hacían). Tenían mal gusto, porque la frugalidad estaba reñida con la moda. Nada les importaba, no se quejaban, eran totalmente predecibles.

El que dijo que los chinos eran enigmáticos quizá conociera a un chino, pero desde luego *no conocía a dos*. Casi siempre eran lo contrario: obvios, poco sutiles, inequívocos, y ¿cuál era el antónimo de misterioso? Llevaban su vida entre susurros, y sus negocios a gritos. Si querían que aceptaras un regalo te lo hacían tragar a la fuerza, y el regalo nun-

ca era un objeto caro. Preferían la simplicidad a la ingeniosidad, porque la ingeniosidad costaba más. Pero cualquier cosa nueva y barata les encantaba. Les gustaban los niños y la familia en general. Apenas bebían. Nunca pronunciaban discursos. Se les atribuía paciencia y resignación. Pero no, en Hong Kong los movía una sola emoción, que era la impaciencia. No eran timoratos: podían luchar como fieras. Eran demasiado tímidos para decirlo, pero su actitud revelaba que su lema era «date prisa». En la reunión, Monty había dicho: «Y por supuesto, como le he dicho a tu madre, hay que tener en cuenta a los parientes chinos».

Bunt había levantado la cabeza para mirar al abogado. ¿Parientes chinos? El señor Chuck nunca había hablado de ellos. No quería ni oír hablar de China. Eso era muy de chinos: no mirar atrás, ni siquiera pensar en el pasado. El señor Chuck había llegado a Hong Kong en 1948 y dos años más tarde fundó Imperial Stitching con el padre de Bunt. La fábrica se llamaba entonces Imperial Stitching and Labels. El señor Chuck nunca había vuelto a China. Quizá él había influido en Bunt, que tampoco había viajado nunca a China. Durante muchos años eso era imposible, después era difícil, pero en los quince últimos años tenías la impresión de que una visita a China era obligada. Los norteamericanos iban en tropel, y eso convenció a Bunt de que él nunca iría, por mucho que le aseguraran que podía ir y volver sin problemas aprovechando el descanso para el almuerzo.

—Ya se lo he notificado —dijo Monty—. Querrán hacer algo.

—No me imagino qué —replicó Bunt.

—¿Y si reclaman algo?

—Que se vayan al cuerno.

¡Parientes chinos! Bunt se veía con un centenar de entrometidos socios chinos, todos ellos apellidados Chuck, en Imperial Stitching.

El funeral del señor Chuck en la catedral anglicana de St. John fue una ceremonia solemne, a la que asistieron los

ochenta y siete empleados de Imperial Stitching, todos menos el encargado de mantenimiento, el señor Woo. Algunos parecían incómodos en la iglesia, otros recitaban las oraciones sin mirar el programa del oficio.

—Somos los únicos *gweilos*^[1] —comentó Bunt.

—Nosotros y ése —apostilló su madre mirando hacia el púlpito, donde el padre Briggs, con su recargada sotana, se disponía a hablar.

En su oración fúnebre el padre Briggs destacó la generosidad y la falta de egoísmo del señor Chuck, que tanto había contribuido a la prosperidad de Hong Kong con el éxito de la fábrica. Su empresa había nacido como una modesta operación de posguerra y había ido creciendo con la colonia. Ahora era un próspero negocio. Cada vez que el sacerdote mencionaba a los Mullard, madre e hijo fruncían el entrecejo para no parecer frívolos.

—En cierto modo —recalcó el sacerdote—, Imperial Stitching representa lo mejor de los británicos. Representa a Hong Kong.

Durante todo el rato, en la iglesia, rodeado de dolientes chinos, Bunt se imaginaba a la chica filipina de la noche anterior, que se hacía llamar Baby, poniéndose a *cuatro patas*, desnuda, y ofreciéndole su trasero y girando la cabeza y diciendo: «¡Vamos a hacer perritos!».

Y se rió al recordar que ella lo había pronunciado así: «ferritos».

—¡Bunt!

Se recobró y susurró:

—Pobre señor Chuck.

El cortejo fúnebre interrumpió el tráfico, pero en Pok Fu Lam ocurrió una cosa extraña. Un grupo de veinte encapuchados que surgió como una aparición entre dos edificios se unió a la procesión. Eran chinos, pero parecían monjes con capucha blanca, y tenían un aire druídico y amenazador; paganos tendiendo una emboscada al entierro cristiano del señor Chuck. Algunos llevaban banderines con letras

chinas doradas, otros hacían sonar sus gongs, otros tocaban unas campanillas. En uno de los banderines había una fotografía del señor Chuck, mucho más joven, con traje negro y cuello almidonado, el cabello alisado. Había niños, también ataviados con rígidas túnicas blancas, que llevaban fajos de billetes falsos, como billetes de Monopoly, y pequeñas maquetas combustibles de casas y coches, y coronas, algunas en forma de herradura y otras que parecían dianas de tiro con arco.

—Que Dios nos asista —suspiró Betty.

Monty habló con el conductor:

—¡Toque la bocina! ¡Circule!

Aquellos eran los parientes chinos. Lloraban al difunto haciendo grandes aspavientos, se pegaban a los grandes coches negros de la funeraria, gritando cerca del coche fúnebre y, ahora, tocando campanillas. En el cementerio quemaron los símbolos y los billetes falsos. Tiraron tracas de petardos rojos hasta que Pok Fu Lam, la ladera en forma de anfiteatro, se llenó de humo y de olor a pólvora y de restos de papel de seda de los envoltorios de los buscapiés.

Después introdujeron en la tumba el ataúd del señor Chuck, con una cruz clavada en la tapa cubierta de guirnaldas de flores, y de los trastos chinos hechos de papel rojo y blanco, como un amasijo de cometas rotas.

Tras una semana de suspense leyeron el testamento en la sala de reuniones de las oficinas de Monty, en Brittain, Kwok, Lum y Levine, en Hutchison House. Betty y Bunt se sentaron a la mesa ovalada, rodeados de parientes chinos, algunos sentados, otros de pie, pero la mayoría no dejaban de murmurar.

Monty leyó el testamento en inglés, y su socio, Y. K. Kwok, lo tradujo al cantonés. Los términos eran bastante sencillos. Los parientes se repartían los efectos personales del señor Chuck: los libros, los muebles de la casa, su colección de exquisitas botellas de perfume, su Jaguar Vanden Plas. El dinero en efectivo y los «instrumentos» (esa era